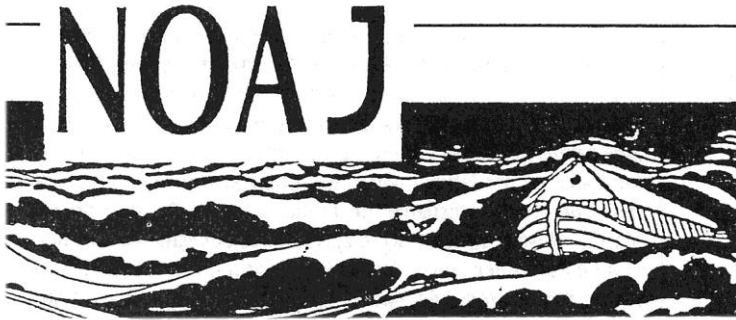




Año II, N°. 2, julio de 1988

Liberman, Arnoldo. Entrevista. "Nací judío y casi muero por argentino: el exilio de Arnoldo Liberman".
pp. 101-104

Entrevista

“Nací judío y casi muero por argentino”: el exilio de Arnoldo Liberman

Noaj: Desde que te fuiste de Argentina, ciertos cambios en la manera de vivir la condición judía son evidentes por tus declaraciones y reportajes, pero, básicamente, surge a través de tu producción ensayística, a partir de tu libro **Gustav Mahler o el corazón abrumado**. Sin embargo, hay una discontinuidad que mucho se asemeja a una ruptura: dejaste de escribir poesía. ¿Por qué?

A.L.: Es cierto; en lo que se entiende como poesía tradicional, me he alejado de ella. O ella se alejó de mí. Aún no he conseguido — pese a mis esfuerzos en tal sentido — lograr un amor estable que exprese realmente lo que pretendo decir o decirme. No obstante, creo o pretendo que la poesía habita mis páginas ensayísti-

cas y que no ha habido una ruptura sino una metamorfosis. Si la poesía es una manera del temblor ante la realidad y ese temblor induce un lenguaje determinado para desmarcarse, entonces sigo siendo poeta pese a todo. En el único poema largo que he escrito en España (**Te quiero y yo**) digo: “Me gusta medir los metros de una manera arbitraria/ con una matemática muy borracha y pastoril/ en un alejandrino entrometer una avellana/ y en un endecasílabo un fragor de polvorín”. Quizá debe reconocer que entre la avellana y el polvorín el poeta me salió rana. Seguramente otras razones que sería largo desarrollar avalan esta presunta discontinuidad. “Hay golpes en la vida, yo no sé”, escribía César Vallejo. En todo caso mi condición judía y mis vicisitudes en la búsqueda de su expresión no nacieron en España sino muchos años antes, en Buenos Aires. Lo que sucede es que el exilio ha potenciado más el fragor de polvorín que las avellanas. Ser judío no ha sido para mí un descubrimiento tardío sino una vertebración primitiva de mi identidad y lo que España ha permitido hasta ahora es tener el tiempo necesario para que esa naturaleza se haga interrogante en prosa.

Noaj: El exilio, a través de la lectura de **Grietas como tem-plos: biografía de una identidad** te hizo perder la confianza de aquellos años 60 vividos en la certeza de lo definitivo. Parece que de tantas ilusiones y apuestas a las que te jugaste, sólo te queda la corazonada de saberte irremediablemente judío. No por elección sino judío por “naturaleza”, por nacimiento y destino. ¿Te ha rejudaizado? el destierro — el Galuth — español? ¿Cómo? ¿De qué modo? ¿Cuáles son los preceptos maimónicos que practicas y crees?

A.L.: Si rejudaizar es anteponer permanentemente las interrogaciones de la piel a las verdades inmutables y rocosas, estoy en constante estado de rejudaización. Para mí ser judío es mucho más descifrar un palimpsesto que repetir mecánicamente defini-

Arnoldo Liberman, Poeta y ensayista argentino, reside en Madrid. Poesía: Poemas con bastón; Las limpias ganas; Poemas con los míos; Sonetos con caracol; El Motín de la luz. Ensayos: Mahler o el corazón abrumado; Grietas como templos: biografía de una identidad; La fascinación de la mentira.

ciones dogmáticas y vacías de auténtico contenido. Soy absolutamente consciente de que el judaísmo (el mío por lo menos) es un papiro en el que está dibujado la terquedad de los siglos y donde tiempos, lugares y dolores sobrellevan, conjuntamente, la imagen siempre futura y siempre obstinada de mi judeidad. Y esa obstinación (a la vez dinámica y esencial) es, antes que nada, una declaración de anuencia en la riqueza de nuestra condición y en los secretos éxtasis de nuestro narcisismo. Si, como decía Federico Nietzsche, no hay verdad superior a la vida misma, mi verdad — la que acalla todas las otras verdades fundadas en la razón o la lógica — es mi temblor de judío, mi conciencia del grito judío, mi estremecimiento del amor judío, la música siempre dolida de una historia inflexible e inexorable. En ese fragor, en el ruido de esa historia, me he hecho porque he nacido allí, en medio del mandato de una bobe que hizo de mí un fenómeno “natural”. Desde allí percibí la vida como una manera que no puede ser captada ni expresada, en sus aspectos más trascendentales, por el intelecto puro. **Malgré** Hegel, los marxistas o nuestro querido León Rozitchner, esa “corazonada” de la que hablás es el irremediable orgullo de asumir lo que nos define desde nuestro propio nacimiento. Tucholsky, con esa gracia que a veces lo singularizaba, dijo alguna vez: “Estoy orgulloso de ser judío. Si no estuviera orgulloso, igual sería judío. Entonces, estoy orgulloso de serlo”. Lo que ha hecho el Galuth español es permitirme crecer y, naturalmente, crecí en el sentido de mi pertenencia más legítima y valedera. No soy judío porque elegí ser judío pero elegí ser judío porque soy judío. En este Tpoos Urano de las esencias, lo maimónico no ha influido en mí porque, con el debido respeto al gran sefaradita, sigo siendo hijo de Europa Central, de Franz Kafka y Teodoro Herzl, de Gustav Mahler y Sigmund Freud, de Stefan Zweig y Elsa Lasker-Schüler. Uno de los males crónicos de esta Sefarad es su absolu-

to desconocimiento de la cultura askenazita de Europa Central y de sus descendientes, situación contra la que lucha lúcidamente nuestro actual embajador de Israel en España, Shlomo Ben Amí. Por eso, respecto de los preceptos maimónicos, te propongo el más válido: “Si no honras a tus padres, no te honrarán tus hijos” (**Guía de los perplejos**, III, 40). Y mis padres son aquellos eurocentrales que acabo de mencionarte.

Noaj: Tuviste que vivir el exilio para que te decidieras a escribir esa verdad que en Argentina parecía una “mentira”: “Sí, soy un sobreviviente de Auschwitz”, como dices en **La fascinación de la mentira**. Antes del exilio te sentías inocente frente a la Shoah y sólo después, en el destierro, pudiste asumir la parte de culpa y responsabilidad que intelectuales como Alain Finkielkraut exigen de todo judío post-holocáustico. ¿Se lo atribuí a la experiencia del exilio, es decir, a la sustracción de la “patria” argentina? ¿Qué es la patria puesta al revés, que parafraseás de Rilke?

A.L.: Antes de la culpa post-holocáustica de la que habla Finkielkraut (y empleando su lenguaje, que tanto respeto) yo sufrí, a mis nueve años — cosa que narro en esa peripecia existencial y metafísica que es **La fascinación de la mentira** — otra culpa más genésica, más amniótica, más rudimentaria: haber nacido judío. El Holocausto clavó en mi esternón ese sentimiento cuando mi cabeza apenas surgía a la superficie de la vida. Desde ese fondo oscuro de la historia — una historia que para mí recién comenzaba — ser judío fue mucho más un destino, un decreto primitivo, una naturaleza impuesta pero carnal, que una opción posible. Y, paradójicamente, eximido de los riesgos de la libertad, una gracia luminosa que detuvo la inexorable muerte que me habían decretado y que neutralizó el carácter demoníaco que me habían adjudicado. Un judío que comenzó a dejar de ser errante no por la futura existencia de un Estado judío sino porque mi pertenencia (jun-

to a mi pueblo y mis hermanos) me otorgaban el aliento de una identidad válida, justificante. Un judío que no se detuvo más en nada: sólo en asumir su judaísmo. Quizá sólo el amor lejano, quizá inasequible, que brotó en aquellos años de incertidumbre, fue el que me salvó definitivamente. Aquel amor, aquella pertenencia, que aun siendo real pueda definirse como lo diagramó María Zambrano: "Es verdad — mas fue tan mentira — que sigue siendo imposible siempre". La patria del revés es esa pertenencia altiva, ese decreto que esculpe una correspondencia, ese errar judío, esa responsabilidad post- holocáustica que surge luego, y detrás de todo, esa filiación última a mi pueblo, allí donde esté. Poner la patria del revés no es ponerla patas arriba sino mirar, quizá con aquella mirada subterránea que señalaba Mallea, las legítimas motivaciones de nuestros sentimientos, los auténticos movimientos de nuestra conciencia, los recorridos siempre grávidos de nuestra sabiduría elemental. No he dejado nunca de ser argentino pero nunca fui argentino de primera: el revés de sentirme de segunda, ayudado del famoso guión que inventó Saúl Sosnowski, hace que siempre me sienta judeo-argentino y que en Sefarad — alejado de los actuales estrépitos de mi patria — tenga la disposición de ánimo y las posibilidades de vivir esa condición absolutamente.

Noaj: Los exiliados argentinos *goyim* han acuñado la expresión "Judíos del Sur, eternos convidados de piedra de todas las latitudes para quienes la diáspora parece ser nuestro destino nacional", según escribe Miguel Bonaso. ¿No creés que esta suerte de judaización del destino del Cono Sur latinoamericano sirve como metáfora para los no judíos, pero, al uniformar en un destino a todos, no da cuenta de la especificidad de las opciones que la doble diáspora en que vive le plantea al judío exilado?

A.L.: Exactamente. Pero vale la pena detenerse en algunos matices. La fácil metáfora tiene, en ciertos aspectos, su validez. El exi-

lio de tantos argentinos (y latinoamericanos) de estos últimos años hace que por primera vez muchos de ellos sepan lo que es sentirse realmente exilados, cosa que los judíos traemos en nuestras alforjas desde el mismo nacimiento. Lo mismo se ha dicho respecto de los palestinos, que serían los judíos de esta época. Judaizar esas etiquetas tiene un valor relativo: sirven como metáforas ase- quibles al entendimiento de todos pero distorsionan el sentido histórico de nuestras propias vivencias diaspóricas. Tomando en cuenta esos matices, no me enoja el uso de tal expresión. No quiero ser lingüísticamente el símbolo del exilio y del dolor pero lo prefiero a convertirme en el símbolo de la represión y el desquite. La dirección de este comentario huelga. Por otro lado, la proporción de judíos argentinos exilados a raíz de esta diáspora es tan notable que hasta hay una cierta justicia en el empleo de la metáfora. Judíos no asumidos muchos de ellos pero para quienes este exilio debe, en las buenas conciencias, actualizar aquel otro negado por auto-odio, por miedo a racionalizaciones universalistas de ideologías amputadas.

Noaj: Exilio-Redención han sido los dos términos inseparables de la pareja galútica judía a través de la historia. ¿Qué papel ha jugado Israel en la elaboración de tu destierro?

A.L.: Hablar de Israel hoy es una especie de incomodidad mezclada con vicisitudes paranoides que nos obliga a mirar hacia atrás por si nos siguen. La dolorosa y confusa situación política en Medio Oriente nos pone contra la pared y, quien más quien menos, todos tenemos en nuestras espaldas el peso de una desesperación y de una impotencia que exige diagramar cada palabra con el máximo de responsabilidad y de conciencia. Israel es para mí lo que ha significado desde su mismo nacimiento como Estado: el país de los judíos y el corazón mismo de nuestras preocupaciones más hondas. Lo quiero decir de esta manera: la actual situación políti-

ca respecto del pueblo palestino me ha hecho sentir más que nunca que soy sionista, que me siento responsable del destino de mi Estado, que estoy al lado de mis hermanos de allí compartiendo sus mismos dolores y sus mismos interrogantes. Al margen de la injusticia y la arbitrariedad — o por ellas mismas, quizá — estoy codo a codo con mi pueblo y decidido a poner el hombro para perdernos juntos o redimirnos juntos. Nunca supe bien de universalidades abstractizantes: lo concreto e inmediato (verbigracia, mis hermanos de Israel y, si esto sigue siendo universalizante, me refiero a los Itzigsohn, los Senkman, los Faigón, los Treister, los Isod, los Najenson, los Viñas, los Heifetz, tantos otros) es que ellos son el ejemplo de mis tribulaciones y el lugar adonde se dirige la mano de mi corazón. Yo no sufro solamente por las terribles circunstancias que pasan hoy los palestinos — cuyo Estado es inexorable como curso histórico — sino por mis hermanos, los citados, muchos otros, que nos redimen con su lucha defendiendo, contra viento y marea, el sentido ético y justiciero del pensamiento judío. Si eso es ser sionista, soy sionista hasta la médula de los huesos. Toda otra connotación para el término sionista es intencionada deformación de intereses espúreos. El Estado que soñó Herzl: a él me refiero.

Noaj: Si, a manera de ejemplo tipológico, recordamos 4 actitudes básicas de aquellos años, a saber las condensadas por: 1) el escritor Arnold Zweig que se fue a Palestina; 2) Theodor Adorno que eligió los EE.UU.; 3) Ana Seguers y Egon Kish que se radicaron en México y 4) Walter Benjamin que se debatió entre irse a Palestina o quedarse en Europa hasta que se suicida perseguido por los nazis: ¿cuál de esas actitudes influyó más en tu caso personal a pesar de sus hondas diferencias para decidir adónde y cuándo irse??

A.L.: Me parece que en cuestión de ejemplos tendríamos mu-

cho más y menos lineales para mencionar multiplicadamente, pero entiendo el sentido de la pregunta. Mi actitud de venirme a vivir a España la he explicado ya repetidamente, en reportajes, en mesas redondas (recuerdo la entrañable del Beit Hatefutzoth) y en mis propios libros. En aquel momento, obsesionado por la necesidad de salir de mi país, elegí aquel que permitiera que mi otra patria (el lenguaje) pudiera mantener su legitimidad más absoluta. Para un escritor esto parece más justificado aún que para todo otro trabajador. Salvar mi lenguaje, es decir el espacio más auténtico de mi expresividad y el instrumento de mi redención como hombre, era mi urgencia más denodada. Pero, claro que no siempre las decisiones iniciales son las que se mantienen incorruptibles con el paso del tiempo. Hace ya doce años que tomé esa decisión. Hoy, si estuviera en las mismas circunstancias — y pido perdón por ese mecanicismo histórico — no sé exactamente qué haría. No estamos, creo, en la situación de Walter Benjamin ni en la de Arnold Zweig ni en la del resto de los intelectuales mencionados, pero de darse esa importancia en el devenir de estos años, seguramente elegiría Israel, ya no por las razones antes aludidas ni siquiera porque sería mi último refugio (¿Israel un refugio? Hoy parece una broma) sino porque los años van construyendo la necesidad de un último gesto, aquel que nos defina como quería Kierkegaard, trazando la raya y sumando, y en ese caso Israel es hoy el emergente más auténtico de mis búsquedas e interrogantes sin respuesta. Simplemente porque es el Estado de los judíos. Por algo hay que vivir y de algo hay que morir: yo he vivido buscándome como judío y quizá deba morir encontrándome entre mis hermanos. Melancolías aparte, por ahí pasan mis mentiras de hoy. Nací judío y casi muero por argentino. Prefiero haber nacido argentino y morir como judío. Mientras tanto, sigo preguntando.